

de todos los deberes quedó subsistente, y la intriga y el soborno pudieron quebrantar de nuevo las leyes canónicas más severas y necesarias.

La sesión de 5 de marzo, que había de poner temporalmente término a las tareas del concilio, precedió en poco tiempo a una catástrofe inesperada.

Ya sabemos que el concilio debía su existencia al convencimiento en que estaba Paulo III de que, para salvar a la Iglesia de los grandes peligros que la amenazaban, era imprescindible conservar la amistad del emperador. Para obtener el apoyo de este había el Papa accedido a sus deseos convocando la representación de la cristiandad católica en una ciudad del Imperio alemán. La situación sin embargo se había modificado notablemente de algunos meses a aquella parte: en efecto, Carlos V había vencido por completo a sus adversarios protestantes, y en su poder había caído a fines del año 1546, toda la Alemania del Sur, pudiendo considerarse segura la próxima conquista de la del Norte.

Estas ventajas conseguidas por la causa imperial eran más decisivas de lo que el Papa había esperado. Ya no eran en modo alguno temibles los protestantes alemanes, a quienes creía perdidos y que, por lo menos, habían roto definitivamente con Carlos; pero en cambio el poder del emperador le infundió recelos y envidia. Dueño el emperador de toda la Alemania ¿no pesaría con doble fuerza sobre Italia y sobre el Pontificado? Por de pronto, había ya enviado como gobernador a Milan a Fernando Gonzaga, irreconciliable enemigo de los Farnesios, que comenzó la lucha con Pedro Luis hijo del Papa y nombrado por este duque de Parma y de Piacenza. Injusto sería, sin embargo, afirmar que únicamente el temor de perder su situación como príncipe italiano y los esfuerzos en pro de su familia indujeron al Papa a observar una actitud hostil respecto del victorioso Carlos V. Lo que principalmente le movió a ello fué el temor de ver a la Santa Sede completamente sometida a los Habsburgos, hasta en las cuestiones de fe, y el de que triunfaran las tendencias reformistas de Carlos V sobre el espíritu conservador jerárquico que dominaba en la curia romana. En Trento habíase mostrado patente el antagonismo entre los intereses de ambas potestades. El ministro y confidente del emperador, Granvella, se burlaba descaradamente de aquellos pocos obispos italianos que querían dictar leyes a todo el mundo (1). Los legados, por su parte, decían repetidas veces en sus cartas confidenciales que solo podían contar con los italianos. La publicación del decreto sobre la doctrina de la rehabilitación, que se hizo en la sexta sesión, fué por todo el mundo considerada como un acto de hostilidad contra el emperador (2), y todavía se mostró más claro este antagonismo en las cuestiones políticas.

Carlos quedó en extremo sorprendido cuando, en enero de 1547, Paulo III no solo retiró sus tropas del ejército imperial, sino que participó al emperador que el tesoro pontificio no podía darle las cantidades que en el tratado del año anterior le había prometido. Además el Papa se negó rotundamente a que Carlos siguiera explotando la Iglesia española con cuyas riquezas hasta entonces se habían sostenido en gran parte los ejércitos imperiales. Los sobrinos de Paulo, los Farnesios, comenzaron a negociar con Francisco I, el cual, a pesar de las promesas solemnemente hechas en el tratado de Crespy, se aprestó a oponerse a los constantes progresos políticos y militares del emperador, hizo preparativos de guerra, prometió auxiliar con dinero a Sajonia y a Hesse y concertó con Venecia, Dinamarca y Escocia una

(1) Ranke, *Obras*, VI, 353.

(2) Ribier, *Lettres et Mémoires d'Etat* (Paris 1677), I, 620.

gran alianza contra Carlos V (3). ¡De esta suerte, el Papa se aliaba mediatemente con los herejes y contra el emperador, es decir, contra el adalid del catolicismo que tantas veces había combatido a la herejía!

Carlos se indignó profundamente ante la conducta desleal del Papa y manifestó a las claras su indignación en sus entrevistas con el Nuncio, diciendo que se le quería arrebatar la victoria de las manos en el preciso momento en que más asegurada creía tenerla. Al mismo tiempo declaró al emisario pontificio que impondría contribuciones al clero español y dispondría de los bienes eclesiásticos sin permiso de la Santa Sede, pues se trataba de una lucha contra la herejía y por esta razón sentía menos remordimientos por su conducta que el mismo Papa, el cual, a pesar de estas circunstancias, guardaba el dinero en sus arcas para enriquecer y engrandecer a su familia. Carlos, no contento con esto, amenazó con firmar con los protestantes una paz y alianza que le permitieran fácilmente triunfar y vengarse de todos sus enemigos.

Paulo III se creyó en efecto seriamente amenazado por el emperador y quiso, en su consecuencia, librar por completo al concilio de la influencia imperial, volviendo a su plan de trasladarlo a una ciudad italiana; pero como era político demasiado sagaz para dar a su adversario ocasión de acusarle personalmente ante toda la cristiandad por aquel acto de violencia, aprobó la proposición de De Monte y de Cervino dejando que la mayoría del concilio acordara su traslación a Bolonia.

Fácil fué encontrar un pretexto para ello. Durante las primeras semanas del año 1547, fallecieron dos miembros del concilio y algunos teólogos y criados, cosa muy natural tratándose de una asamblea numerosa y compuesta de personas de avanzada edad. Los legados dijeron en seguida que reinaba en Trento una epidemia de fiebre escarlantina, y encargaron al médico oficial del concilio, que lo era entonces el célebre doctor Fracastor, que abriera una información. Aquel hombre de confianza de los legados no dejó, como se comprenderá, de hablar de peligro de contagio y de peste (4). Una docena de obispos adictos al Papa emprendieron precipitada fuga y los legados tuvieron el deseado pretexto para hablar, en la asamblea general de 9 de marzo de 1547, de la epidemia y de la incesante deserción de obispos y atraer astutamente sobre el concilio la responsabilidad de las medidas que se adoptaran.

De antemano, estaban ellos seguros del triunfo de su causa. A pesar de los apasionados discursos de los prelados imperialistas; a pesar de las protestas de los médicos de la ciudad que, fundados en las listas de mortalidad, declaraban la epidemia una quimera, la mayoría pontificia votó unánime y prontamente en el sentido deseado. Era preciso, sin embargo, apresurarse a fin de que el emperador no tuviera noticia del acuerdo antes de su ejecución, y tomara las convenientes medidas para impedirlo. Ya en 11 de marzo se resolvió por 38 votos contra 14 y cuatro abstenciones la traslación del concilio a los Estados de la Iglesia. Los legados se quitaron en cierto modo la máscara detrás de la cual hasta entonces habían ocultado la cara, proponiendo la ciudad de Bolonia como punto de reunión, lo cual como era de suponer fué aceptado desde luego. Al día siguiente, ellos y sus partidarios habían ya abandonado la ciudad de Trento. «En Bo-

(3) Despacho de Mesnages, embajador francés cerca del emperador; Bucholtz, *Historia del emperador Fernando I*, VI, 518. Varios despachos del embajador francés, en Ribier, I, 593, 595, 600, 606, 610, 613, 617, 627.

(4) El mismo historiador eclesiástico Raynaldi acusa de engaño a Fracastor y a su compañero Balduino.

lonia hemos salido de la esclavitud egipcia y entrado en la tierra de promisión,» escribía uno de ellos pocos meses después (1).

Esto no obstante, Pacheco y los obispos imperialistas permanecieron en Trento como desde hacía tiempo se lo venía ordenando Carlos V. En el concilio se había promovido un verdadero cisma: el catolicismo se veía de nuevo amenazado de graves peligros.

## II.—LA SEGUNDA ASAMBLEA TRIDENTINA

El emperador exige que el concilio vuelva a Trento.—Sorpresa de Piacenza y muerte de Pedro Luis Farnesio.—Reforma independiente en Alemania.—Protesta del emperador en Bolonia y en Roma.—El Interim.—Disolución del concilio de Bolonia.—Humillación y muerte de Paulo III.—Julio III favorable al emperador.—Presidio sinodal.—Apertura de la segunda asamblea tridentina.—La comunión.—El concilio y los protestantes.—Descontento en Trento.—Los protestantes ante el concilio.—Rompimiento entre Julio III y Carlos V.—Suspensión del concilio.—Abdicación de Carlos.

Bajo el punto de vista de la forma, no tenían razón los prelados que se habían quedado en Trento, pues no el Papa y sus legados, sino una gran mayoría del concilio había acordado de un modo legal é indiscutible la traslación del sínodo a Bolonia. Esto no obstante, era tan claro como la luz del sol que aquel acuerdo había sido adoptado por instigaciones del presidente influido por el Papa, pues de lo contrario nadie se habría atrevido a elegir una ciudad pontificia para las próximas reuniones. Los embajadores imperiales afirmaban que tenían pruebas evidentes de la intervención de Paulo (2), el cual aprobó la traslación del concilio ante el colegio de cardenales.

Los asuntos se desarrollaron más rápidamente de lo que el mismo Papa había creído, lo cual unido a la oposición que su proposición encontró entre algunos cardenales, hizo que comenzara a temer por las consecuencias de aquel acuerdo, tanto más cuanto que continuamente recibía malas noticias para sus proyectos. Pronto se vió cuán fútil había sido el pretexto que había motivado la traslación del concilio, pues apenas hubo salido de Trento la mayoría de la asamblea, desapareció de aquella ciudad toda huella de epidemia. A pesar de las órdenes que de Roma se recibían, permanecieron en Trento los prelados imperialistas, los cuales declararon que esperaban se reanudara allí las tareas de un concilio legal. Al poco tiempo, en 31 de marzo de 1547, falleció Francisco I, en quien Paulo III tenía fundadas todas sus esperanzas, y su sucesor, Enrique II, adoptó una actitud favorable a la paz. El sultán, con cuyos ataques contra los Habsburgos contaba también el Papa, firmó con Carlos un armisticio; de modo que el emperador resultó más poderoso y más temible que antes, y la victoria de Mühlberg (24 de abril de 1547) puso a su disposición a los príncipes de Sajonia y de Hesse y le hizo dueño de toda la Alemania.

En tales circunstancias, el Papa creyó prudente enviarle al cardenal Sfondrato para que procurara inclinarle a favor de la reunión del concilio en Bolonia. ¡Vana esperanza! Carlos rechazó con desprecio las seguridades que se le dieron de que el Papa no había tenido intervención alguna en la cuestión de la traslación del concilio a Bolonia, y mostrándose en extremo indignado, amenazó con dirigirse armado contra Roma. El recuerdo del saqueo del año 1527 estaba todavía

(1) Baluze-Mansi, III, Apéndice, pág. 145.

(2) Despacho de Mendoza, Roma 18 de setiembre de 1547; Döllinger, «Datos para la historia política eclesiástica y de la civilización» (Regensburg 1862) I, 115.

presente en la memoria de todos, y además el emperador dejó entrever que podría suscitarse un verdadero cisma, producido por la convocación de un concilio antipapal que se reuniera en Trento.

Carlos, como hábil diplomático, supo, en el momento oportuno, exagerar su cólera y la hostilidad de sus intenciones para acobardar al adversario. Su plan consistía, no en abandonar a la Iglesia católica y romper por completo con la Santa Sede, sino en someter a ésta a sus proyectos y en restablecer el concilio de Trento para imponerle una conciliación con los humillados protestantes alemanes. Por esto ordenó a los prelados que habían permanecido en Trento que no abandonarían dicha ciudad bajo pretexto alguno, pero que se apartaran de tratar ninguna cuestión propia del concilio a fin de no producir una escisión en el seno de la Iglesia. La historia del concilio de Basilea demostraba con harta evidencia cuán poco había que esperar de un sínodo antipontificio y cismático, cuyas huellas solo habría sido procedente seguir si Carlos hubiese querido ponerse, como Enrique VIII de Inglaterra, al frente de una Iglesia especial. Pero esto se oponía a las convicciones y a las tendencias universalistas del emperador, amén de que España, verdadera base y apoyo de su poder, no le hubiera seguido por este camino. La permanencia de aquellos obispos en Trento no tenía pues más objeto que protestar contra la asamblea de Bolonia y facilitar el regreso de los demás prelados a aquella ciudad.

La asamblea de Bolonia en nada se parecía a un concilio general: constituíanla apenas treinta obispos, italianos todos, y mercenarios la mitad de ellos de los legados (3). Ningun embajador de príncipes seculares se había presentado allí. El mismo Papa invitó a aquel pseudo-concilio a que aplazara sus tareas hasta fines de setiembre y a que renunciara a publicar decreto alguno. Pero con esto no pudo contentar al emperador, quien, por el contrario, envalentonado con estas muestras de debilidad que daba Paulo, se empeñó más energicamente todavía en obtener la completa sumisión del Papa.

Este no quiso prestarse a ella é imploró el auxilio de Enrique II, el cual comenzaba a enemistarse con el emperador y envió por entonces algunos obispos y embajadores a Bolonia. Paulo recobró las esperanzas y se propuso aumentar hasta ciento el número de prelados para dar ciertos visos de formalidad al concilio en aquella ciudad reunido.

La situación de Carlos se iba complicando, pues como no quería promover un cisma, no podía oponerse a las decisiones del concilio de Bolonia. En vista de esto, decidió amenazar al Papa por medio de un acto de violencia que hiriera al Pontífice en sus más íntimos sentimientos; y mandó a Fernando Gonzaga que atacara en Piacenza a Pedro Luis de Parma, el más peligroso de entre sus enemigos los Farnesios, y ocupara con tropas españolas aquella importante fortaleza. En aquella ocasión pereció el mismo Pedro Luis (setiembre de 1547).

Este fué un golpe tremendo para el anciano Papa, cuyos sentimientos de padre y cuyo orgullo de familia quedaron en extremo lastimados y quebrantados. A pesar de la circunspección que observó Carlos, no tardó en saberse en seguida de dónde había partido el golpe. Paulo estaba fuera de sí y quería aliarse con Francia, con Venecia y con los mismos turcos y berberiscos—«y darse al diablo, como decía cínicamente el cardenal Farnesio, con tal de conquistar los

(3) La lista de sus nombres se encuentra en Salenzio, pág. 40. 14 obispos recibían sueldos regulares, otros recibían algunas cantidades de cuando en cuando.



Estados italianos de Carlos y repartirlos entre los aliados (1). Pero ninguno de estos planes pudo llegar a feliz término. Los venecianos eran harto previsores para atraerse la enemistad del Habsburgo, por causa de un anciano enfermizo cuya muerte no podía hacerse esperar mucho tiempo. Por otra parte, los agentes pontificios y franceses enviados a las posesiones imperiales de Italia, fueron descubiertos y castigados; y por último, Enrique II se enredó en los desórdenes interiores de Escocia, y entrando en una lucha con Inglaterra, se halló tan por completo ocupado, que hubo de manifestar al Papa que no podía pensar en una guerra contra el emperador, con el cual había entablado negociaciones de paz (2). Paulo III se vio, pues, obligado a renunciar a todas las ideas de venganza que le había sugerido la muerte de su hijo y a dejar que Piacenza permaneciera en poder del emperador.

Carlos, así como había tomado la iniciativa en los ataques políticos, la tomó también en los asuntos religiosos. En la Dieta de Augsburgo (otoño de 1547), los caudillos del protestantismo alemán ofrecieron someterse al concilio que se convocara en Trento, y el emperador les garantizó, a su vez, la seguridad personal y el derecho de discutir sus doctrinas. En todo esto no se mencionaba para nada al Papa: la Alemania parecía bastarse a sí misma sin auxilio y aun contra la voluntad de la Santa Sede y todos los manejos del cardenal Sfondrato (3) fracasaron ante el descontento que los Estados católicos mostraban hacia el Pontífice. Los príncipes de la Iglesia y especialmente el primado de Polonia, arzobispo de Gnesen, exigían de Paulo III por medio de cartas directamente escritas a él, el pronto restablecimiento del concilio en Trento.

El Padre Santo se vio tratado con poca consideración. Lo que más le apenaba era ver que los españoles no tomaban medida alguna para devolver a Piacenza a la familia Farnesio, y por eso trabajó lleno de indignación contra el emperador. Entre el Papa y el embajador español en Roma ocurrieron escenas verdaderamente escandalosas y disputas de carácter personal (4). La perspectiva de que acudieran a Trento gran número de protestantes era muy desagradable para el Papa, por más que constantemente lo hubiese exigido en los documentos oficiales. Este era uno de los principales motivos que le hacían temible el regreso del concilio a Trento, pues la presencia de los protestantes había de aumentar la oposición contra la curia y de facilitar el triunfo de los «ultramontanos» (5). Por esto reunió tropas para proteger, por lo menos, a los Estados de la Iglesia contra un golpe de mano de los imperiales. Este no obstante, aparentó ceder a las instancias de Carlos y de los alemanes, y se mostró dispuesto, lo mismo que el concilio, a que este regresara a Trento; pero exigió condiciones que no podían ser admitidas ni por el emperador ni por los protestantes. Los miembros clericales del sacro colegio, especialmente Caraffa y Cervino, eran los principales consejeros del Papa, y obstinados en constituir la Iglesia sobre los fundamentos de la Edad media, no querían oír hablar de igualdad entre el poder civil y el eclesiástico. La lucha estaba entablada entre dos grandes principios generales históricos, y esto explica en gran parte la tenacidad mostrada por unos y por otros.

El emperador quería, a todo trance, vencer la resistencia de la curia romana, conseguido lo cual y en vista de que

(1) Maurenbrecher, pág. 163.—Druffel, I, 74, 77.—Döllinger, *Memorias*, I, 86, 117, 121.

(2) Enrique II al cardenal Du Bellay, 15 de enero de 1548. Ribier, II, 113.

(3) Druffel, III, 77.

(4) Los detalles en Lafuente, *Historia general de España*, XII, 511.

(5) Pallavicini (X, 7, 3) lo confiesa abiertamente.

los protestantes se encontraban débiles y humillados, creía que se resolvería bajo su amparo la cuestión de la reconciliación entre ambos partidos religiosos. Por eso ordenó dar el golpe de gracia contra el rebelde Pontífice. El fiscal general de Castilla Francisco Vargas, y Martín Velasco, presentaron, en 18 de enero de 1548, a los Padres reunidos en Bolonia una protesta solemne contra todos sus actos declarándolos nulos e ilegales y contra la traslación del concilio, anunciando, al propio tiempo, que el emperador tomaría por su cuenta los intereses de la Iglesia, puestos tan en peligro por la negligencia del Papa y por las usurpaciones de un concilio ilegal. Esta misma protesta, tanto más dura cuanto más solemnes eran las formalidades que la acompañaban, fué presentada, en Roma, al Padre Santo y al Sacro Colegio por el embajador imperial, D. Diego Hurtado de Mendoza.

¡Cuán altanera era la actitud de Carlos! El emperador oponía de nuevo al Pontificado y en toda su plenitud el poder que como defensor de la Iglesia había ejercido el Imperio en la antigua Roma y durante la primera mitad de la Edad media, conduciéndose con tenacidad, ejerciendo presión y obteniendo de este modo un éxito completo. En vano Paulo III se valió del subterfugio de proponer que en Trento solo se trataran las cuestiones alemanas y de que lo demás se discutiera en una ciudad de Italia: Mendoza rechazó irónicamente este plan, diciendo que ni a Su Majestad ni a Su Santidad les era dado poner limitaciones al Espíritu Santo, pues este era libre por esencia y podía inspirar al concilio cuantas decisiones le pluguiera.

Poco después, el Senado de Milan, por mandato del emperador y bajo fútiles pretextos, secuestró todas las rentas que el cardenal De Monte percibía como obispo de Pavia.

Carlos, decididamente por sí y ante sí, sin consideración alguna al Papa, procedió al arreglo de las cuestiones religiosas en Alemania. Había solicitado del romano Pontífice que enviara a Alemania algunos cardenales investidos de plenos poderes para autorizar en aquel país la Comunión en ambas especies, el matrimonio de los sacerdotes y la secularización parcial de los bienes de la Iglesia (6). Habiéndose Paulo negado a ello, publicó el emperador en nombre propio un *Interim* destinado a ser provisionalmente ley religiosa en Alemania. Este *Interim* no solo se diferenciaba en la forma y en la expresión del decreto del concilio de Trento, sino que además permitía, sin previo sentimiento de Roma, la comunión en ambas especies y el matrimonio de los clérigos (mayo de 1548). Al mes siguiente, el emperador y la Dieta del Imperio publicaron, sin consultar al Papa, un nuevo edicto sobre la reforma de la Iglesia, que contenía muchas cosas dignas de alabanza y ordenaba la reunión frecuente de concilios provinciales, reunión que la curia romana había considerado constantemente como un peligro para su poder absoluto.

En vano protestó la Santa Sede contra aquella intervención del poder temporal en las cuestiones de la Iglesia. El cardenal Farnesio decía que encontraba en el *Interim* siete u ocho herejías y que el emperador había causado indignación profunda en la cristiandad. Carlos se cuidó poco de estas censuras y persistió en rechazar todas las proposiciones de arreglo que le ofreció el Papa mientras no se reanudara el concilio de Trento. Sin embargo, ya se comprendería que para llevar a efecto el *Interim* era preciso el concurso de la Santa Sede, pues para que los obispos consintieran el ejercicio del culto religioso a los sacerdotes casados, para que permitieran la comunión en ambas especies, y para que los príncipes protestantes nada tuviesen que temer por los bienes

(6) Döllinger, *Memorias*, I, 151, 153.—Druffel, I, 113.

eclesiásticos que ocupaban, se necesitaban poderes especiales del romano Pontífice. Ciertamente que Paulo encargó, en setiembre de 1548, al obispo Pighino de Ferentino y a Lippoman, coadyutor de Verona, que se dirigieran a Alemania y, una vez allí, trabajaran con el Nuncio apostólico, obispo de Fano, y en la medida de los poderes que les había dado, para llegar a una conciliación con los herejes arrepentidos; pero esta fué una concesión más bien aparente que real. En efecto, Carlos había pedido para tratar de este asunto, cardenales, y el Papa le enviaba simplemente obispos, y aun estos con el encargo de aceptar el matrimonio de los sacerdotes y de renunciar a los bienes eclesiásticos confiscados, solo en casos aislados, pero en manera alguna como regla general para no llevar la indignación y la duda a las almas creyentes y devotas. Aquellos legados aplazaron primero su viaje y luego retardaron la publicación de sus poderes, con lo cual dejaron transcurrir algunos meses, de suerte que las diócesis alemanas se encontraban en la mayor perplejidad y la ejecución del *Interim* estaba paralizada. Con estas intrigas pensaba el Papa obligar al emperador a devolverle a Piacenza y su territorio. Convencido como estaba Paulo de que el emperador necesitaba de él para arreglar las cuestiones de Alemania, y con el fin de enredar estas cuestiones y de poner a Carlos bajo la dependencia de la curia, aconsejó al rey de Francia y a los católicos escoceses que sacrificaran a sus adversarios calvinistas y ayudaran con todas sus fuerzas a los protestantes alemanes contra el ortodoxo emperador (1). ¡De esta suerte estimaba aquel Papa en más la política que la religión, cuya defensa constituía la tarea y el fundamento de su elevado cargo! Pero había echado mal las cuentas, pues en la corte francesa había entrado la desconfianza hacia Paulo, a quien llamaba «cabeza de zorro»; y entre Enrique II y Carlos V se habían cruzado cordiales seguridades de amistad. El Papa tuvo que ceder, pero cedió solo paso a paso. En mayo de 1549, los amplios poderes que tenían los legados fueron traspasados a algunos obispos alemanes, imponiéndose a estos algunas condiciones y limitaciones que impidieran un triunfo demasiado completo. «Quiero sangrar al emperador, dijo Paulo al embajador francés D'Urfé, sin que él vea salir su propia sangre.» Pero Carlos era muy previsora y no hizo, respecto de la devolución de Piacenza, más que dar vagas esperanzas.

¡Cuánto se había bastardeado la lucha! ¡Cuán indigna, mezquina y basada en ventajas egoístas y personales era la política del Papa! ¡Los altos intereses de la cristiandad se veían subordinados a la cuestión de la posesión de unas pequeñas fortalezas italianas! Por último, procuró Paulo ganar al emperador por medio de la astucia, y a este objeto, comenzó por hacer un gran sacrificio, que fué disolver formal y definitivamente la asamblea de Bolonia (17 de setiembre de 1549) declarando al tomar esta determinación que solo permitiría publicar el decreto de reforma en Roma. El concilio de Bolonia, en los dos años y medio de su existencia, no tomó acuerdo alguno. Esta inacción de un concilio convocado a la sombra de la curia romana, la circunstancia de no haberse atrevido nunca el Papa a declararlo legítimo, y por último la suspensión de sus sesiones constituían una grave derrota para el Pontificado: así la calificaron los intransigentes del partido pontificio, entre ellos el cardenal De Monte. El partido reformista de Roma, al cual pertenecía, entre otros, el cardenal Pole, no estaba menos asustado y disgustado por la lánguida existencia de un concilio, cuya convocación antes habían saludado con tantas esperan-

(1) Despacho del cardenal Du Bellay, de 28 de marzo de 1549; Druffel I, 211.

zas (2). Parecía como si la Iglesia estuviese atacada de impotencia y pereciese lentamente de consunción.

El Papa no atendía más que a sus mezquinas intrigas, y a las ventajas materiales de la corte romana. La verdadera intención que le había movido a disolver el pseudo concilio apareció de manifiesto cuando llamó inmediatamente a Roma a los cuatro principales prelados de entre los que en Trento habían permanecido, para que intervinieran en la discusión de las necesarias reformas (3). Lo que Paulo indudablemente quería era poner término al concilio de Trento y al de Bolonia y hacer de la curia romana el verdadero centro de la reforma religiosa, que, en este caso, no hubiera servido más que para aumentar el poder y las rentas del Pontificado. Los prelados españoles se vieron en extremo perplejos ante aquel mandato del Papa, y escribieron al emperador diciéndole que sentían oprimida su conciencia si no obedecían las indicaciones de su superior eclesiástico, tanto más cuanto que este no pedía ninguna injusticia. Entonces, el emperador se encontró en la alternativa de pedir al Papa la revocación de su mandato o de permitir a los prelados que se dirigieran a Roma (setiembre de 1549).

Pero Carlos no podía hacer lo primero ni quería hacer lo segundo; la situación era tan crítica como dos años antes, cuando aun no había acaecido la toma de Piacenza. El emperador, sin embargo, resolvió tomar la ofensiva, no guardar consideración alguna al obstinado anciano y herirle en sus inclinaciones personales y en su orgullo de familia, declarando rotundamente que Parma y Piacenza no pertenecían a la Iglesia sino que formaban una parte inseparable del ducado de Milan; de suerte que, en vez de devolver a Piacenza, reclamó a Parma. Carlos se mostró dispuesto a indemnizar a Octavio Farnesio, a quien su abuelo Paulo III había cedido el ducado de Parma y Piacenza, pero después que el Papa y el colegio de cardenales hubiesen transferido en toda forma ambas ciudades a Milan; por lo demás, esta indemnización puramente material, aunque muy crecida, no consistía en soberanía alguna, sino en simples territorios situados en el reino de Nápoles. Tal ofrecimiento podía ser considerado como una burla, si se tiene en cuenta que todos los esfuerzos de Paulo tendían a fundar para su familia una soberanía independiente. El Papa y los cardenales, pues, no aceptaron el proyecto y sufrieron una terrible derrota, pues el mismo Octavio Farnesio, en cuyo favor trabajaba el Pontífice, se dejó convencer por su suegro el emperador, y negó la soberanía de la Iglesia sobre sus Estados, reconociendo tan solo la del reino. Paulo III, a quien tantas veces se ha acusado de nepotismo, se vio cruelmente castigado por aquello mismo que le había inducido a cometer faltas. Tan repetidas desdichas y humillaciones afectaron profundamente el ánimo y la salud de aquel anciano de ochenta y tres años, que falleció en 10 de noviembre de 1549. Paulo III estaba dotado de grandes cualidades intelectuales y poseía especialmente las de un habilísimo diplomático, aunque poco escrupuloso en la elección de medios. Había sido también un buen administrador, sumamente bondadoso y muy amado de sus súbditos; pero queriendo luchar contra las tendencias de su época, había sido vencido y había visto humillado como nunca al Pontificado.

El emperador esperaba hacia mucho tiempo la muerte de Paulo III y contaba con ella, y quizás las últimas medidas por él adoptadas tuvieron por objeto acelerar el fin del anciano Pontífice que tantas veces se había jactado de que

(2) Quirini, *Epistole Poli*, IV, 68.

(3) El documento correspondiente se encuentra en el Archivo de Bruselas.



sobreviviría al emperador. Carlos hubiera deseado ver elegido para ocupar el solio pontificio á un cardenal partidario de las reformas, á Reginaldo Pole, por ejemplo. Dos votos faltaban solo para que este cardenal, en quien había cifrado todas sus esperanzas el partido católico liberal, obtuviera la mayoría de las dos terceras partes de votos que se necesitaba para la elección; pero los miembros del Sacro Colegio franceses ó adictos á Francia, y los fanáticos, le hicieron, en el momento decisivo, tan tenaz oposición, que los imperialistas tuvieron que desistir de su intento; y D. Diego Hurtado de Mendoza, viendo inevitable la elección de un individuo del opuesto



El papa Julio III

bando, aceptó al cardenal De Monte, legado que había sido en Trento y en Bolonia. Este cardenal se había distinguido por su fanatismo y por sus tendencias extremadamente clericales; pero como no estaba dotado de grandes cualidades, y como era además sumamente egoísta y apasionado y estaba siempre dispuesto á ceder á cualquier presión, se creyó que fácilmente se dejaría dirigir. De Monte fué, pues, elegido Papa en 7 de febrero de 1550, y tomó el nombre de Julio III.

El hombre de Estado español no se había equivocado al pensar de aquella suerte, pues el nuevo Papa, al llegar á la elevada posición por la cual durante tanto tiempo había suspirado, se ocupó únicamente en gozar de los atractivos literarios y mundanos á ella anejos. Para mantener la paz y asegurar el porvenir de su familia, creyó necesario, ante todo, estar bien con el primer monarca de Europa, con el emperador. ¡Cuán burlados quedaron los franceses á quienes tantas promesas había hecho antes de la elección! En vez de cumplirlas, apresuró á ceder á los deseos del emperador reanudando las sesiones del concilio de Trento, á cuyo efecto

envió á Alemania á Monseñor Pighino para que firmara un tratado formal con Granvella, ministro confidente de Carlos V. El Papa se comprometió en este convenio á no declarar por de pronto la validez de los acuerdos anteriormente tomados en Trento, para no asustar á los protestantes, á cambio de lo cual ofreció el emperador llevar al concilio á los alemanes, aunque para ello fuese necesario apelar á la violencia, no proponer en la asamblea cosa alguna contraria á los derechos de la corona francesa y permanecer en las cercanías de Trento para impedir todo ataque contra la autoridad pontificia.

Julio III parecía completamente ganado á la causa conciliadora. En efecto, se reconcilió con Pacheco, jefe de los españoles que habían permanecido en Trento, y nombró una comisión compuesta de seis cardenales encargada de acordar las condiciones necesarias para el nombramiento de los beneficios eclesiásticos; comisión de la cual formaron parte Pole y Sfondrato, partidarios ambos de las reformas radicales. Una segunda comisión había de investigar y extirpar los abusos que en el cónclave se cometían.

Desgraciadamente era tarea harto difícil la de unir á las dos principales potencias católicas del orbe para una misma empresa.

Enrique II, sometido entonces á la ambiciosa familia de los Guisas, estaba firmemente resuelto á combatir por todos los medios la supremacía de Carlos V en Europa, y se mostró profundamente indignado contra Julio III, que, para pasarse á los españoles, había abandonado sin escrúpulo al partido francés que le había elevado al solio pontificio. No creyó, por tanto, aquel rey que debía tomar parte en un concilio dirigido y convocado de comun acuerdo por el Papa y el emperador. Por esto no quiso que Francia interviniera en él, pretextando maliciosamente que Trento, como ciudad de los Habsburgos, no ofrecía la seguridad al concilio necesaria, como lo había ya sostenido Su Santidad siendo nuncio (1). Pero como Enrique II estaba lejos y las guarniciones imperiales de Siena y Gaeta estaban, por el contrario, cerca, Julio III, sin hacer caso alguno de las protestas de Francia, convocó, en 14 de noviembre de 1550, el concilio para el 1.º de mayo del siguiente año en Trento. La elección de los presidentes á cuyo cargo debía correr la dirección de las discusiones fué en extremo característica: fué nombrado primer presidente el cardenal Marcelo Crescencio, romano de alta alcurnia, dotado de grandes conocimientos canónicos, que pasaba por partidario del emperador, pero que ante todo era ardiente y aun tenaz defensor de los derechos de la Santa Sede. Diéronsele por auxiliares, con el título de nuncios, dos obispos: Pighino, arzobispo á la sazón de Siponto ó Manfredonia, y Lippoman, que lo era de Verona. Ambos eran conocidos, desde su legación alemana, por el emperador; pero antes que á todo atendían á los intereses de la Curia.

El punto débil de todas estas combinaciones era la circunstancia que, en el fondo, hacía imposible la feliz terminación del concilio, y era que á pesar del acuerdo y amistad que aparentemente reinaban entre el emperador y el Papa, en realidad eran muy distintas las opiniones de las cortes imperial y pontificia. Esta última quería que nuevamente se formularan los dogmas católicos tan clara y precisamente, que los protestantes se encontraran vencidos y en completa contradicción con la Iglesia cristiana universal, y fuesen sometidos por el emperador como encargado de la ejecución de los acuerdos conciliares. Carlos, en cambio, deseaba tan importantes y radicales reformas, que los protestantes pudiesen

(1) El cardenal Tournon al Condestable, 20 de abril; y Enrique II á d'Urfé, 5 de agosto de 1550. Ribier, II, 275, 279.

darse con ellas por satisfechos y reconciliarse voluntariamente con la Iglesia romana (1). Ya se comprenderá que, existiendo tal divergencia, el buen acuerdo no podía ser duradero y que el concilio, tarde ó temprano había de traer un rompimiento en la alianza imperial-pontificia.

A estas se agregaron otras dificultades. El episcopado alemán, y mayormente aun los protestantes, sintieron gran repulsión hácia una asamblea, no solo convocada por el Papa, sino también sometida por completo á la influencia pontificia, en virtud de las condiciones del presidente y de la superioridad numérica de los italianos. Así, á pesar de todos los esfuerzos de Carlos, ningún alemán quiso concurrir al concilio. En el verano de 1551 comenzaron en Italia las hostilidades entre el Papa y el emperador por un lado, y Francia por otro, y Enrique II consiguió de sus aliados los suizos que no tomaran parte en el concilio.

Cuando, en 21 de mayo de 1551, se trató de abrir las sesiones, solo había en Trento, además del presidente y del cardenal Madruzzo, catorce preladados. En vista de esta triste realidad, la mayoría de aquella pequeña asamblea acordó aplazar la primera asamblea pública para el día 1.º de setiembre, de suerte que nada se hizo durante todo el verano. El Papa, que se sintió personalmente afectado por el fracaso y cuya energía no llegaba á la tenacidad, amenazó, en poco encubiertas palabras, al emperador con un rompimiento si no cumplía su promesa llevando á Trento á los obispos y príncipes de Alemania (2).

Carlos tuvo que reconocer que las quejas del Papa no eran infundadas, y apeló á medios radicales, de tal suerte que dos días antes de la sesión pública se presentaron en Trento los obispos electores de Maguncia y de Tréveris y al día siguiente dos obispos españoles. Despues, llegaron los embajadores del rey Fernando, los obispos de Viena y de Agram, y por fin cinco delegados de la universidad de Lovaina, teólogos distinguidos que habían desempeñado un papel importantísimo en la preparación del decreto. Los dos electores fueron especial objeto de una amable acogida y se les señalaron puestos distinguidos en la asamblea.

La primera sesión no tuvo mas importancia que la de haberse acordado en ella que se reanudasen los debates en el mismo punto en que habían quedado interrumpidos en marzo de 1547. Esto equivalía á declarar oficialmente la validez de todos los decretos del primer concilio de Trento, contra los deseos manifestados por el emperador y por los protestantes. ¡Cuán débil era, pues, la esperanza de llegar, á lo menos por las vías pacíficas, á un acuerdo entre los dos partidos religiosos! En aquella sesión, además, se leyó una solemne protesta del monarca francés contra el concilio, cuyos acuerdos declaraba sin carácter obligatorio para su reino. Julio III, con no menos apasionamiento del que había mostrado cuando era simplemente el cardenal De Monte, se indignó de tal manera, que quiso formar proceso al rey de Francia y decretar su destronamiento con ó sin la aprobación del concilio. ¡En tales niñerías se ocupaba la imaginación de aquel crédulo é irascible Pontífice!

Abrióse en seguida en Trento la discusión sobre el sacramento de la Eucaristía. Sabido es que acerca de este difícil y siempre discutido punto, estaban divididos los mismos reformadores. En contraposición á las opiniones heterodoxas, y precisamente porque hacia cinco siglos que las doctrinas de la Iglesia se habían ido poco á poco fijando exacta-

(1) Instrucción imperial á Francisco de Toledo, 5 de enero de 1552. Maurenbrecher, pág. 276.

(2) Carta autógrafa de Julio III al emperador, 27 de julio de 1551; Maurenbrecher, pág. 154.

mente, fué fácil presentar y condenar diez proposiciones heréticas. Sostúvose que el cuerpo de Jesucristo estaba así en el pan como en el vino; pero las dificultades nacían en el artículo octavo en que se trataba de la Comunión en ambas especies. La primitiva Iglesia había dado realmente á todos los fieles, por espacio de doce siglos, el cáliz y el pan. El concilio cuarto de Letran fué el primero en sentar la doctrina de que Jesucristo estaba en todas las partículas de la hostia, de suerte que la sangre de Cristo se tomaba con su cuerpo, del cual era aquella inseparable compañera. Desde entonces, fué innecesaria la Comunión en ambas especies, y se limitó el uso del cáliz á los sacerdotes que administraban la Comunión, á fin de evitar las profanaciones á que podía dar lugar el derramamiento de las gotas de vino. Pero desde entonces la Iglesia había hecho algunas concesiones: para restablecer la paz con los hussitas, el concilio de Basilea había dispuesto que «cuando hubiese causas razonables podía permitirse al pueblo la Comunión bajo las dos especies.» Esto se había concedido también á los griegos sometidos á la soberanía de Venecia que se habían unido á la Iglesia romana, y cuyo número ascendía entonces á 600,000. También en Francia gozaban de este privilegio muchos conventos y la familia real. Mas recientemente aun, Paulo III, en 1548, había conferido igual facultad á los obispos alemanes dentro de sus respectivas diócesis. En el seno del concilio había ciertamente un partido importante que, para atraerse á los protestantes, exigía no como necesario, sino como facultativo, el permiso de usar el cáliz concedido á los seglares, pero en contra de esta opinión se levantaban especialmente los jesuitas Lainez y Salmeron, á quienes el Papa había enviado á Trento con el carácter de representantes teológicos suyos. La mayoría de los obispos españoles, y sobre todo los italianos, no querían oír hablar de concesiones que, como ellos decían, daban á la Iglesia la apariencia de vacilación y de incertidumbre, y que animarían á los descontentos á pedir otras nuevas. A duras penas consiguió el representante del emperador, conde de Montfort, del presidente y de los preladados, que el artículo octavo, en el cual se declaraba herética la Comunión en ambas especies, fuese omitido para no encolerizar á los protestantes que, en parte, se dirigían á Trento.

En efecto, en la décimatercera sesión del concilio (11 de octubre de 1551) vemos en aquella ciudad á dos embajadores de Joaquin II, elector de Brandeburgo, los cuales manifestaron, bien que en palabras un tanto vagas, que su príncipe estaba dispuesto á portarse como hijo fiel de la Iglesia y á someterse á los acuerdos del concilio. Esta sorprendente conducta de parte de un príncipe protestante se explicaba sencillamente por el hecho de que Joaquin deseaba ardientemente que el Papa reconociera como arzobispo de Magdeburgo y obispo de Halberstadt á su hijo Federico, á pesar de no haber este cumplido todavía la edad canónica. Esto no obstante, la embajada fué acogida con júbilo (3), como indicio de la próxima sumisión y llegada al concilio de los demás protestantes.

Por esto fueron los alemanes objeto de un recibimiento amistosísimo. En la décimatercera sesión del concilio se declaró públicamente que se había omitido el citado artículo «porque aquellos que, procedían de la noble Germania, se llamaban protestantes, deseaban ser oídos por el santo concilio antes de que se procediera á la resolución definitiva (4).» Para facilitarles el viaje á Trento y el regreso al seno

(3) El obispo de Orense á Granvella, 12 de octubre: Levassor, *Lettres et mémoires de François de Vargas* (Amsterdam, 1699) pág. 156.

(4) Véase la Memoria de Guillermo de Poitiers, orador de los Países Bajos, fechada en 11 de octubre; Archivo de Bruselas.